

CAPÍTULO XXXIII

LITERATURA ECLESIASTICA.

No solo había dado nacimiento el cristianismo á una filosofía nueva, sino también á una literatura en un todo diferente de la antigua: tuvo por manantial los cuatro Evangelios, los Actos de los Apóstoles, las Epístolas canónicas y el Apocalipsis, formando los veinte y siete libros del Nuevo Testamento que con los cuarenta y cinco del Antiguo, completan el número místico de setenta y dos. Parte de estos libros se refieren más especialmente á la revelación de la eterna palabra de vida; otros tienen por objeto establecer la divina comunión de los fieles, mostrándonos la formación de la Iglesia, la primera organización que la fué dada por los Apóstoles y sus futuros destinos. Lo que en el Antiguo Testamento era figura, visión y profecía, se halla en el Nuevo explicado y cumplido: la sublimidad del primero se cambia en el segundo en una ternura afectuosa, y el león de Judá se manifiesta en los Evangelios como un cordero lleno de dulzura, que pronto en las Epístolas se remonta hasta el vuelo del águila (1).

Distingúese el Nuevo Testamento de toda composición por su expresión vulgar y sencilla, bajo la cual se oculta una sublimidad de pensamiento inexplicable. A fin de poner su profundo significado al alcance de la inteligencia común, la alegoría se transforma en parábola; explicación sensible del precepto divino, que bien distante del esmero de la alegoría poética y del símbolo misterioso, espone las verdades prácticas con formas sencillas y bajo el aspecto de sucesos ordinarios, y que como arte sirve de modelo á numerosas leyendas, producción exclusiva de la moderna literatura.

Evangelios.—El primer evangelio fué escrito por San Mateo, llamado también Leví, hijo de Alfeo,

(1) SCHLEGEL, *Hist. de la literatura*, lección VI.

publicano de Palestina. Su narración es más popular; abunda en hechos, en preceptos morales y en verdades locales: es la de un hombre que escribía en sirio-caldeo antes que todos, y que conocía las cosas por haberlas visto ó por haberlas oído de boca de recientes testigos. El médico Lucas, natural de Alejandria, sectario de San Pablo, y Marcos, discípulo de San Pedro (2), escribieron en griego la

(2) Venecia pretendía poseer en la iglesia de San Marcos el texto latino de este evangelista escrito de su puño, y que había formado parte de una colección de los cuatro Evangelios, conservada en Aquilea. Cuando el emperador Carlos IV, pasó en 1353 á esta última ciudad, obtuvo del patriarca los dos últimos cuadernos de esta reliquia, que comprendían desde el vigésimo versículo del cap. XII hasta el final: se los regaló á la iglesia metropolitana de Praga, ordenando que fuesen envueltos en oro con adornos de perlas, gasto para el cual señaló 2,000 ducados: quiso además que el arzobispo y el clero salieran al encuentro del santo manuscrito, y que fuera sacado todos los años el día de Pascua en procesión solemne. Posteriormente fueron llevados los otros cinco cuadernos que quedaron en Aquilea á Venecia, por orden del dux Tomás Mocénigo en 1420. Pero la humedad estropeó de tal manera el manuscrito que no era legible, de modo, que fué asunto de disputa para averiguar si estaba en latín, sobre pergamino ó sobre papiro. Resolvióse la duda por Lorenzo de la Torre en el tomo II, del *Evangeliarum quadruplex* de Bianchini (Roma, 1749), página 548 y siguientes. Lo que demuestra más que este fragmento pertenecía al manuscrito de Aquilea, es que se leía en el punto donde acababa el evangelio de San Mateo: *Explicit evangelium secundum Matthæum, incipit secundum Marcum*, y que no sigue. En 1788, José Dobrovsky hizo imprimir en Praga, bajo el título de *Fragmentum pragense evangelii sancti Marci, vulgo autographi*, las diez y seis hojas regaladas por Carlos IV; y resultó no ser siquiera la antigua versión itálica, sino la que había sido corregida por San Jerónimo.

Véase *De vita et ipsianis s. Marci Evangelista, libro duo*, AGUSTIN MOLIN. Roma, 1864.

historia divina, tal como se la habían oído contar á San Pablo ó leído en San Mateo: el primero es un narrador regular, cronológico y analítico, el otro es preciso y compendioso. Juan, judío de nación, había tomado parte en los sucesos de la redención, filósofo, teólogo, mártir y poeta, era ya anciano cuando redactó su Evangelio á ruegos de los obispos de Asia y de gran número de iglesias (3) que no satisfechas con los testimonios de segunda mano, los querían del discípulo predilecto. Escribió su obra en conformidad con las indicaciones del Espíritu Santo, y con evidente intención polémica y apologética, esto es, para combatir á los que negaban la divinidad de Jesucristo, y especialmente á Ebion y Cerinto (4). Penetró mejor que nadie el pensamiento del divino maestro: su estilo es patético y dulce, así como San Lucas aventaja á aquellos dos en abundancia, dignidad y pureza, versado como se hallaba en las letras y en la sociedad de los hombres instruidos.

San Epifanio explica el diferente carácter de los cuatro evangelistas, diciendo que Dios atribuyó á cada uno de ellos una cosa particular, aunque de suerte que concordaran en ciertos puntos, á fin de que no quedara duda de la fuente divina en que bebieran igualmente, refiriendo cada cual al propio tiempo algo que los otros habían descuidado. San Mateo se aplica á ofrecer detalles sobre el nacimiento y sobre la genealogía del Salvador, detalles en los cuales se apoyó Cerinto para creer que Jesucristo era simplemente un hombre. Entonces el Espíritu Santo mandó á San Marcos componer un nuevo Evangelio 30 años más tarde. Era uno de los setenta y dos discípulos que se habían dispersado sin haber podido oír el mandamiento de Cristo de comer su carne y beber de su sangre. Su obra fué completamente destinada á demostrar la divinidad del Salvador; pero como no se había expresado con bastante claridad sobre este punto, persistieron en su error los herejes. Entonces el

(3) IRENEO, III, 1; EUSEBIO, III, 24.

En cuanto al tiempo, va primero el ev. de San Mateo, después la epístola I de S. Pedro, el ev. de S. Marcos, el de S. Lucas, las epístolas de S. Pablo á los tesalonicenses, á los gálatas, á los corintios, á los romanos, á Filemon, á los colosenses, á los efesios, á los hebreos, la I á Timoteo, la dirigida á Tito, la II de S. Pedro, la II de S. Paulo á Timoteo. Incierto es el tiempo de la de Santiago y de los Actos de los Apóstoles. S. Juan escribió su evangelio casi al mismo tiempo que sus epístolas y poco antes de la de S. Judas.

Sobre la genuinidad del texto del Nuevo Testamento, véase la *Revista Cristiana*, junio 1874, á más de los apologistas católicos.

(4) EPIFANIO, *Her.*, II, 12, XXX 3. *El initium* de su evangelio es una refutación de las doctrinas gnósticas, en que las diversas operaciones espirituales están explicadas con las palabras que repite de αρχη, λογος, μονογενής, ζωή, φως, principium, verbum, ó más bien ratio, unigenitus, vita, lux, etc.

Espíritu Santo casi obligó á San Lucas á dar cima á lo que sus dos antecesores no habían cumplido enteramente. Tampoco logró atraer á los hombres en el error sumidos: inspiró, pues, el Espíritu Santo á San Juan, que había vuelto de Patmos, escribir el cuarto Evangelio, en que se detuvo poco en la vida de Jesucristo, ya contada por sus predecesores, aplicándose ya con más empeño á refutar los errores divulgados acerca de la divina naturaleza del Salvador (5).

Epístolas.—Son las Epístolas pequeños tratados

(5) El ataque más audaz contra los evangelios, ha sido dirigido en estos últimos años por los protestantes alemanes, y especialmente por el doctor Strauss en la *Vida de Cristo* (Tubinga, 1835). Lo que Wolf había hecho con Homero y Niebuhr con la historia romana, pretendieron hacerlo los exegetas alemanes con la narración evangélica, suponiéndola un montón de ideas, de invenciones, de preceptos, pertenecientes á diversos tiempos y producto de diferentes intenciones. Resulta de todo que Jesucristo y los evangelistas no han existido nunca, reduciéndose todo á un mito metafísico. No es ya el ataque burlón dirigido contra los Evangelios por Voltaire, enfervorizando las pullas y las argucias empleadas quince siglos antes por Celso, Porfirio, Juliano, y propendiendo á hacer resaltar por todas partes el fraude y la embustería; esta es una interpretación alegórica tal como conviene intentarla á la Alemania meditativa. Este trabajo crítico se hizo primeramente sobre los libros antiguos. Desde 1790, Eichhorn consideró como emblemático el primer capítulo del Génesis, y como compuesto de fragmentos en que Jehová era distinto de Elohim. En 1803 publicó Bauer la *mitología de la Biblia*. Enseguida emprendió el mismo trabajo de descomposición sobre el Evangelio: *den Sohn analysiren*, como decía Hegel con una tranquilidad maravillosa para todo el que piensa en el inmenso vado que dejaría en la historia, como en la conciencia, la demostración que convirtiera en un sér ideal á Cristo. Schleiermacher, muerto en 1834, filósofo y filólogo célebre, despojó el Antiguo Testamento de las profecías, el Nuevo de los milagros, y se ingenió por conciliar lo que quedaba con la filosofía y con sus teorías particulares sobre la humanidad. Apercibiéndose del resultado, quedó de súbito poseído de espanto, contemplando por un lado el cristianismo con la barbarie y la superstición, y por otro la ciencia con la impiedad, é inclinado sobre el abismo que había abierto, dijo:—«Dichosos nuestros padres, que extraños todavía á la exégesis, creían como hombres sencillos y leales, lo que se les enseñaba. Si perdía la historia, la religión sacaba provecho. No es la crítica invento mía, mas puesto que ella ha comenzado la obra, preciso es acabarla. El genio de la humanidad vela sobre ella; nada le quitará de precioso: obre cada cual con arreglo á su deber.»

Renan poetizó después aquella historia y dió bella forma á las blasfemias alemanas.

Desde que los racionalistas supusieron que los dogmas y los evangelios fueron inventados en el Concilio de Nicea, la ciencia católica se aplicó á los trabajos hechos antes de aquel gran hecho. De tal naturaleza son los *Anacleta Sacra patrum antenicanorum e codicibus orientalibus collegit*, PAULINUS MARTINUS, bajo la dirección del cardenal Pitru. Paris, 1884. Entre otros puede colocarse á su lado el *διὰ τεσσάρων* de Ticiano, esto es, la concordancia entre los cuatro evangelistas, intentada hasta entonces, de la cual se había valido S. Efrein y hallada en una traducción armenia, editada por los PP. Mequitaristas de Venecia.

dirigidos á las iglesias ó á los compañeros más celosos de los Apóstoles con elogios, censuras, avisos, exhortaciones y preceptos de conducta. No tratan de un asunto único, sino que pasan de un objeto á otro como es costumbre en las cartas, y se encuentran allí cosas relativas á afectos personales. Pedro no aparece literato ni hombre de discusión, sino jefe de la gerarquía, dirigiendo por el poder de la unidad á la Iglesia. Pablo, el apóstol de las naciones, vé y pesa las ideas de los diferentes pueblos. Tocó á Juan en suerte el tercer género de enseñanza, el de custodia de las tradiciones, que contempla desde el punto más elevado el vínculo por medio del cual se juntan todos los fenómenos y todas las ideas de que se compone el movimiento del universo.

Apocalipsis.—Confinado por Domiciano á la isla de Patmos, una de las Esporadas, tuvo allí visiones sobrenaturales, que Dios le mandó escribir y enviar á las siete principales iglesias de Asia; la de Efeso, llena de paciencia, aunque se hubiera entibiado su fervor primitivo: la de Esmirna, pobre y paciente en las adversidades: la de Pérgamo, mancillada por la inmediatez del templo de Esculapio: la de Tiatira, poseída de fé, de caridad y de resignación: la de Sardis, que necesitaba remediar con la penitencia los pecados de gran número de sus hijos: la de Filadelfia, firme en el verdadero camino, y la de Laodicea, que tibia y pobre de espíritu se creía perfecta, porque se hallaba exenta de ciertos vicios materiales.

En este gran drama, en que revela misteriosamente los arcanos que se le han revelado, ve el triunfo de la Iglesia, sus persecuciones inminentes y lejanas, así como sus vicisitudes y la unión mística del cordero con su celeste esposa; después la destrucción del mundo y los goces que Dios reserva en la eterna Jerusalén á aquellos que le hayan amado; goces que serán más perfectos, puesto que ya entonces habrá renovado la tierra y los cielos. Lo difuso de este libro ha dado lugar á largos comentarios y á muchas extravagancias.

Actos apostólicos.—Los *Actos de los Apóstoles*, probablemente obra de San Lucas hacia el 63 de Cristo, son un género nuevo de historia sublime en su sencillez, tal como cumplía á pescadores convertidos en héroes marchando á la conquista del mundo, no en su nombre, sino en el de Dios. Nada hay más hermoso que estos relatos sin cólera de las luchas empeñadas contra la obstinación judía y la indiferencia pagana. «Estando Pablo en Atenas, sentíase indignado su espíritu al ver el apego de esta ciudad á la idolatría. Disputaba en la sinagoga con los judíos, y todos los días en la plaza con los que en ella encontraba. Hubo asimismo algunos filósofos epicúreos y estoicos que conferenciaban con él, diciendo los unos: ¿Qué es lo que quiere decir este palabrero? Y los demás: Parece que predica nuevos demonios; lo que decían porque había anunciado á Jesús y la resurrección. Le cogieron y le llevaron por último al Areópago, diciéndole:

¿Podremos saber cual es la nueva doctrina que predicais? pues nos decís ciertas cosas de las que nunca habíamos oído hablar, y quisiéramos saber lo que es. Por otra parte todos los atenienses y los extranjeros que vivían en Atenas pasaban su tiempo en decir y oír alguna cosa nueva. Encontrándose Pablo entre los atenienses, les dijo: *Atenienses, me parece que en todo sois religiosos hasta el exceso, pues habiendo visto al pasar las estatuas de vuestros dioses, he encontrado un altar sobre el que está escrito: AL DIOS DESCONOCIDO. Este Dios que adorais sin conocerlo, es el que os anuncio...* Pero cuando oyeron hablar de la resurrección de los muertos, burláronse de ello los unos y dijeron los otros. *Cs oiremos en otra ocasión sobre este punto.* Así salió Pablo de su asamblea. Juntáronse no obstante algunos á él y abrazaron su fé.»

Símbolo.—Es probable que desde los primeros tiempos se haya sentido la necesidad de expresar compendiosamente la fé con una fórmula, que quizá se recitaba en el acto de recibir el bautismo. Pero aunque no sea probable que los Apóstoles formasen entre sí un símbolo antes de empezar á convertir el mundo, tampoco parece creíble que á la fórmula bautismal se añadiese sucesivamente algún artículo á medida que una nueva heregia hacía necesaria una nueva protesta (6). Consta sí históricamente

(6) A cada obispo le era permitido hacer nuevos cambios; y Rufino nos conserva el símbolo tal como se recitaba en la Iglesia romana, más puro que el aquilense al cual pertenecía ese sacerdote. Helo aquí confrontado.

| | |
|---------------|---|
| Romano. | <i>Credo in Deum patrem omnipotentem.</i> |
| Aquilense. | <i>Credo in Deo patre omnipotente invisibili et impassibili.</i> |
| Rom. | <i>Et in Christum Jesum unicum filium ejus, dominum nostrum.</i> |
| Aquil. | <i>Et in Christo Jesu, unico filio ejus, domino nostro.</i> |
| Rom. y Aquil. | <i>Qui natus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.</i> |
| Rom. | <i>Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, tertia die resurrexit a mortuis.</i> |
| Aquil. | <i>Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, descendit ad inferna, tertia die resurrexit a mortuis.</i> |
| Rom. y Aquil. | <i>Ascendit in caelos, sedet ad dexteram Patris; inde venturus est judicare vivos et mortuos.</i> |
| Rom. | <i>Et in Spiritum Sanctum. Sanctam Ecclesiam. Remissionem peccatorum. Carnis resurrectionem.</i> |
| Aquil. | <i>Et in Spiritu Sancto. Sancta Ecclesia. Remissione peccatorum Hujus carnis resurrectione.</i> |

De las catequesis de Máximo obispo de Turín (*Homil. in traditione Symboli*), de San Pedro Crisólogo obispo de Rávena (*In Symb. post.*) y de otros hemos recogido los símbolos de las diversas iglesias en que se hallan las palabras *conceptus, passus, mortuus, catholicam, sanctorum communionem, vitam eternam* adoptados después en el símbolo común, como se encuentran ya en los sermones 240, 241, 242, colocados como apéndice á los sermones genú-

que se hicieron adiciones posteriores á lo que se denominaba *Símbolo apostólico*, y que en verdad está concebido de un modo tan general, que puede conservarse aun entre los mayores disidentes.

Muchas epístolas se escribieron en aquellos tiempos por Judas, por Bernabé, por Ignacio, por Dionisio, por Clemente, tan venerado entonces, que á él se atribuían todas las obras cuyo autor era desconocido. Tienen la misma forma las *Constituciones apostólicas*, obra probablemente de un sacerdote sirio de fines del siglo III, el cual nos espone los deberes de los laicos y de los eclesiásticos, el culto y la doctrina religiosa, en oposición á las heregias de su tiempo. Más tarde se añadieron los libros VII y VIII.

Hermas.—Hermas, contemporáneo de los Apóstoles, supo muchas verdades por revelación superior y las consignó en su libro del *Pastor*, dividido en visiones, preceptos y similitudes; siendo considerado este libro durante algún tiempo como canónico. Encontró en Roma, según él dice, una mujer á quien, desde su infancia, había amado como á una hermana, pareciéndole que llegaría al colmo de la felicidad si podía poseerla. Habiéndose cerrado sus ojos con este pensamiento, fué trasportado en espíritu á un paraje desierto: allí mientras que él oraba vió abrirse los cielos, de donde le saludó la mujer deseada, diciéndole que le acusaba á Dios por el deseo á que se había entregado su corazón, y que debía orar con el fin de que se le perdonase este pecado. Sobrecogido de terror Hermas, y no sabiendo á que atenerse, pensaba como podría libertarse nunca de la ira de Dios, si un simple deseo se le imputaba como delito, cuando se le apareció una mujer de edad avanzada, revestida de luz, que, instruida del motivo de su ansiedad, le esplica que no debe penetrar en el corazón de un servidor de Dios ningún mal deseo; que el Señor estaba irritado contra él porque había sufrido ciertas violencias de parte de sus hijos, sin reprenderles por ello. Luego, á fin de alentarle, le leyó en un libro que tenía en sus manos, cosas más grandes y más maravillosas de las que es dado comprender á un hombre, y que acababan de este modo: «Hé aquí que el Dios de los ejércitos creó el universo con su poder invisible y su sabiduría infinita: por su glorioso consejo rodeó de belleza á sus criaturas, y por la fuerza de su palabra hizo el cielo, colocó la tierra sobre las aguas y constituyó su santa Iglesia, que bendijo. Arrebatará los cielos, las montañas, las

nos de San Agustín en la edición de los Padres Maurinos.

Algunas de ellas parecen arbitrarias y hasta fútiles, aunque tendían á refutar algunos errores divulgados. Así en el mencionado símbolo de Aquilea el *descendit ad inferna* se opone á los apolinaristas y arrianistas que negaban el alma á Cristo, si bien la divinidad hacia las veces de ella; el *invisibili et impassibili* es contrario á los novacianos y sabelianos que decían haber el Padre Eterno nacido y padecido y el *hujus carnis* contrasta con los que afirmaban que se ha de resucitar con un cuerpo aéreo y celestial.

colinas, los mares de un punto á otro, y toda cosa será llena de sus elegidos, á fin de que se cumplan en ellos sus promesas, después que hayan observado sus leyes con respeto y alegría.»

Luego aquella mujer, que era la Iglesia, desapareció diciéndole: *Cobra aliento, Hermas, esta es la primera vision.* Siguiéron á estas otras tres, y las cuenta con afectuosa sencillez de estilo. En la segunda y en la tercera plática con su ángel de la guarda sobre las verdades eternas, sobre las reglas de la moral y los progresos de la Iglesia.

Pseudo-Evangelios.—Narrando únicamente el Evangelio y los Actos de los Apóstoles lo relativo á la doctrina, dejan á la curiosidad una multitud de preguntas, como es costumbre cuando se trata de personas insignes, veneradas ó queridas. Dedicáronse, pues, algunos cristianos á satisfacer esta curiosidad, á componer relatos concernientes á la vida de Cristo, recogiendo las cosas, alteradas como siempre por la tradición, que oían contar á otros, y añadiendo circunstancias de invención suya. Tal es el origen de los Evangelios apócrifos, que aun no siendo ofrecidos á la fé del creyente, ni soportando el exámen de la crítica, son sin embargo modelos de sencillez, que contrastan singularmente con la antigua literatura, especialmente en la época de la decadencia.

Libros apostólicos y leyendas.—Entre los varios escritos atribuidos á Cristo, aquel que por su sencillez sufre menos excepciones es la carta á Abgar, rey de Edesa, el cual había recurrido á él en una grave enfermedad, invitándolo á venir á sus Estados, donde hallaría seguridad y honor. Jesús le respondió que no podía cambiarse su misión, pero que después de muerto le enviaría un apóstol (7). El

(7) Exemplar epistolae scriptae a rege Abgaro vel toparcha ad Jesum, et missae Hierosolymam per Ananiam cursorem:

Abgarus, Uchania filius, toparcha, Jesu Salvatori bono qui apparuit in locis Hierosolymorum, salutem.—Auditum mihi est de te et de sanitate quas facis, quod sine medicamento aut herbis fiant ista per te, et quod verbo tantum caecos facis videre, et claudos ambulare, et leprosos mundare, et immundos spiritus ac demones ejicis, et eos qui longis aegritudinibus affliguntur curas et sanas, mortuos quoque suscitatis. Quibus omnibus auditis de te, statui in animo meo unum esse e duobus, aut quia tu sis Deus et descenderis de caelo ut haec facias, aut quod filius Dei sis qui haec facis. Propterea ergo scribens rogaverim te ut digneris usque ad me fatigari, et aegritudinem meam, qua jamdiu laboro, curare. Nam et illud comperi, quod Judaei murrant adversum te, et volunt tibi insidiari. Est autem civitas mihi parva quidem sed honesta, quae sufficiat utrisque.

Exemplar rescripti ab Jesu per Ananiam cursorem, ad Abgarum toparcham:

Beatus es qui credidisti me, cum ipse me non videris. Scriptum est enim de me, quia hi qui me vident, non credunt in me, et qui non vident me, ipse credunt, et vivunt. De eo autem quod scripsisti mihi ut veniam ad te, oportet me omnia, propter quae missus sum, hic explere; et posteaquam complevero, recipi ad eum a quo missus sum. Cum ergo fui-

historiador Eusebio dice haberlos sacado de los archivos de Edesa (8).

Entre los libros apócrifos se encuentran dos cartas de Pilato al emperador, dando informes de la muerte de Cristo. La primera está tomada del *Anacephalæosis*, esto es, de los cinco libros que el falso Egesipo escribió sobre el incendio de Jerusalén, por lo cual se reprodujo varias veces. La segunda fué editada, que yo sepa primeramente en el Martirologio antiguo romano, ó hierosomilitano (9). Están dirigidas á Claudio, y no se crea que hay error en esto, porque Tiberio era también de la familia Claudia. El manuscrito griego que, según Lambecio, existe en la biblioteca de Viena, dice: Κρατίστην βασιμὴν φοβερῶν Ἀγούστην Πιλᾶτος Πόντιος ὁ τὴν ἀνατολικὴν διεσπῶν (10).

ro assumptus, mittam tibi aliquem ex discipulis meis ut curet aegritudinem tuam, et vitam tibi atque his qui tecum sunt praestet.

(8) *Hist. eccl.*, I, 13.

(9) Luca, 1668, pág. 113.

(10) Pontius Pilatus Claudio salutem. Nuper accidit, et quod ipse probavi, Judaeos per invidiam se suosque posteros crudeli condemnatione punisse. Denique cum promissum haberent patres eorum, quod illis Deus eorum mitteret de caelo Sanctum suum qui eorum rex merito diceretur, et hunc se promiserit per virginem missurum ad terras; istum itaque, me praeside, in Judaeam Deus Hebraeorum cum misisset, et vidissent eum caecos illuminasse, leprosos mundasse, paralyticos curasse, daemones ab hominibus fugasse, mortuos etiam suscitasse, imperasse ventis, ambulasse siccis pedibus super undas maris, et multa alia fecisse, cum omnis populus Judaeorum eum filium Dei esse diceret, invidiam contra eum passi sunt principes Judaeorum, et tenuerunt eum, mihique tradiderunt, et alia pro aliis mihi de eo mentientes dixerunt, asserentes istum magnum esse et contra legem eorum agere. Ego autem credidi ita esse, et flagellatum tradidi illum arbitrio eorum. Illi autem crucifixerunt eum, et sepulcro custodes adhibuerunt. Ille autem, militibus meis custodiens, die tertio resurrexit; in tantum exarsit nequitia Judaeorum, ut darent pecuniam custodibus et dicerent: Dicite quia discipuli ejus corpus ipsius rapuerunt. Sed cum accepissent pecuniam, quod factum fuerat tacere non potuerunt; nam et illum surrexisse testati sunt se vidisse, et se a Judaeis pecuniam accepisse. Haec ideo ingessi, ne quis aliter mentiatur, et aestimet credendum mendacis Judaeorum.

Pontius Pilatus Claudio salutem. De Jesu Christo, quem tibi plane postremis meis declaraveram, nutu tandem populi, acerbum, me quasi invito et subicente, supplicium sumptum est. Virum hercle ita pium ac sincerum nulla unquam vitas habuit, nec habitura est. Sed mirus exstitit ipsius populi conatus, omniumque scribarum et seniorum consensus, suis prophetis et more nostro sybillis praemonentibus, hunc veritatis legatum crucifigere, signis etiam super naturam apparentibus, dum penderet, et orbi universo philosophorum judicio lapsus minantibus. Vigent illius discipuli, opere et vita continentia magistrum non mentientes, imo in ejus nomine beneficentissimi. Nisi ego seditionem populi prope astuantem pertinuissem, fortasse adhuc nobis ille vir viveret. Etsi, tuae magis dignitatis fide compulsus quam voluntate mea adductus, pro viribus non restiterim sanguinem justum totius accusationis immunem, verum hominum malignitate inique in eorum famam, ut Scripturae interpretantur, exitium pati et venundari.

Los actos de Pilato son mencionados por los primeros apologistas, pero no se pueden considerar como tales los que aun subsisten, una copia de los cuales se conserva en la biblioteca del rey en París; y otra sacada de un código colbertino fué publicada por Fabricio (11).

El *Evangelio de la infancia de Cristo* es un monton de milagros operados por el Redentor todavía niño; milagros que, á ser ciertos, arrebatarían cuanto hay de asombroso en la prodigiosa difusión de la verdad. Entonces ya no habría que asombrarse más que de una cosa, y es que, presentándose el Mesías entre los suyos, no fuera reconocido por ellos (12). José, se dice allí, andaba por la ciudad, y llevaba consigo á Jesús, señor nuestro, cuando le llamaban para obras de su oficio (13), para hacer cubos, cribas, puertas ó cajas, y cuando ciertos objetos le salían largos ó cortos, anchos ó estrechos, ponía Jesús la mano en ellos y enmendaba la falta. Un día fué llamado por el rey de Jerusalén, quien le dijo: José, quiero que me hagas un trono para sentarme. Obedeció José y habiéndose dedicado á la obra estuvo dos años en el palacio hasta que puso término á su tarea. Pero cuando puso el trono en su lugar, vió que éste tenía por cada lado dos palmos menos de la medida requerida, por lo cual, el rey se enojó mucho, y temiéndolo José su descontento, se acostó sin cenar. Preguntándole entonces Jesús la causa de sus inquietudes: Es, respondió José, que he perdido el fruto del trabajo de dos años enteros. A lo que Jesús repuso: Ten valor, no caigas en el abatimiento; coge ese trono por un lado yo le cogeré por el otro y lo estiraremos hasta la justa medida. Y habiendo hecho José lo que Jesús le había dicho, y tirando cada uno de su lado, obedeció el trono, y alcanzó la medida exacta. A la vista de tamaño prodigio quedaron atónitos los asistentes y alabaron al Señor (14).

En medio de puerilidades semejantes, de milagros inútiles y de fútiles reflexiones, se encuentran, no obstante, páginas llenas de un sentimiento de ternura desconocido á la literatura clásica. Se creería oír las quejas de Sacontala en aquel pasaje del *Protevangelio*, en que Ana, madre de María, des-

(11) *Codex apocryphus Novi Testamenti*. Hamburgo, 1705.

(12) Estos prodigios se hallan formalmente desmentidos por San Juan cuando dice que el primer milagro de Cristo fué el de las bodas de Canaán.

(13) En el evangelio de San Marcos, VI, 3, Cristo es llamado artesano, ὁ τέκτων, aunque en algunos manuscritos se lea; el hijo del artesano ὁ τοῦ τέκτονος, como en San Mateo, XIII, 55. San Justino cuenta que se poseían arados, yugos y otros útiles τεκτονικὰ ἔργα de mano de Jesucristo (diálogo con Trifón) y Libiano, que habiendo preguntado á un cristiano qué hacía el hijo del artesano, ὁ τοῦ τέκτονος, le respondió: el ataud de Juliano. TRODOKETO, *Hist.*, III, 25.

(14) *Evangelium infantiae*, XXXVIII, 29.

consolada de su esterilidad, descubre al levantar los ojos un nido de pajarillos en las ramas de un laurel. Gime al considerar que no puede compararse á «aquellas aves que son fecundas ante el Señor, ni á los animales terrestres, ni á las aguas, ni á la tierra, que tienen su fecundidad y te alaban oh Señor.» (15)

María Magdalena, la pecadora á quien fué perdonado mucho, porque había amado mucho, ha sido confundida con la hermana de Lázaro y de Marta, como también con la que acompañó á la Virgen madre al Calvario. Como sus errores fueron seguidos de una expiación inmensa, se contó que se había retirado á una gruta de Provenza, para entregarse allí á todas las austeridades y á todas las devociones que podía sugerirle su amor penitente. Testigos los doce Apóstoles de los dolores y de la doctrina de Cristo, habiéndose dispersado sobre la faz de la tierra por las comarcas más distantes con el objeto de predicar á las naciones, sin que se tuvieran noticias ciertas de ellos, habían abierto ancho campo á la imaginación de piadosos narradores. Llenas están las vidas de los Apóstoles de prodigios; consisten en atrevidas empresas, en intrépidas predicaciones apoyadas en milagros sorprendentes, en largos viajes á las islas del mar y á las regiones bárbaras. San Andrés recorre la alta Asia: San Pablo evangelista, ciudades llenas de retóricos y estudiantes: San Mateo penetra hasta en el país de los etíopes: San Felipe en el de las escitas: San Bartolomé en las Indias, más lejos que Alejandro. En el mismo corazón del imperio se introducía la religión en el palacio de los Césares y en las chozas de los esclavos. Triunfaba en el Sane-drin y en el Areópago. Pablo, el doctor de las naciones, trabaja para subsistir con sus propias manos; Pedro, el pescador, llega á Roma á combatir á un tirano y á un sofista; establece al lado del palacio de Tiberio la cátedra futura de sus sucesores. ¡Que campo para las imaginaciones piadosas, tanto más libre, cuanto la vida de cada uno estaba ménos mezclado á los acontecimientos auténticos del Evangelio! (16)

Mucho hablaron los hebreos de los sucesos de

(15) Καὶ ἠένεισεν εἰς τὸν οὐρανὸν, καὶ εἶδε καλὴν προουθίαν ἐν τῇ δάφνῃ, καὶ ἐποίησε ὄρνυθον ἐπ' εαυτῆ, λέγουσα, «Οἱ μοι, τίς με ἐγέννησε, ποῦ δὲ μήτρα ἐξέφυσέ με, ὅτι ἐγὼ καταρὰ ἐγεννήθην ἐνώπιον τῶν υἱῶν Ἰσραὴλ;... Οἱ μοι, τινὲς ὠμοιώθην; οὐχ ὠμοιώθην ἐγὼ τοῖς θηρίοις τῆς γῆς, ὅτι αὐτὰ τὰ θηρία τῆς γῆς γόνιμα εἰσὶ ἐνώπιον σου, Κύριε. Οἱ μοι, τινὲς ὠμοιώθην ἐγὼ τοῖς ὕδασι τοῦτος, ὅτι αὐτὰ τὰ ὕδατα γόνιμα εἰσὶν ἐνώπιον σου, Κύριε... οὐχ ὠμοιώθην ἐκὼ τῆ γῆ ταύτῃ, ὅτι καὶ ἡ γῆ προσφέρει τοὺς καρποὺς αὐτῆς, καὶ εὐλογεῖ σὲ, Κύριε.» *Protevangelium Jacobi*, III.

(16) Véase ABDIA, *Historia certaminis apostolici*: quiza es una colección de las más antiguas tradiciones concernientes á los Apóstoles. Véase también EM GRABE.—*Spicilegium Patrum primi saeculi*, Oxford, 1698.

la Virgen María. En el Talmud se la llama muchas veces una peinadora de mujeres. En dos historias de Cristo compuestas por judíos con el título de *Sepher toledoth Jeschu* (libro de las generaciones de Jesús), José Pander de Belén se enamora de una joven peluquera llamada Mirian, mujer de Johanan, y habiéndola sorprendido y fingiéndose su marido, abusa de ella, á consecuencia de lo cual dió á luz un niño llamado Jeschua. Educado éste por Elcanan hace progresos en las letras. Un día, estando sentados á la puerta varios ancianos, pasaron delante de ellos dos niños, uno de los cuales se cubrió y el otro se descubrió la cabeza, y Eliazer dijo de aquel que de mala manera y contra la buena crianza se había cubierto la cabeza que era bastardo. Fué, pues, á buscar á la madre de este niño, á la cual encontró en la plaza vendiendo legumbres, resultó que no solamente era espúreo, sino hijo de una mujer inmunda. Los ancianos hicieron publicar al son de trescientas trompetas cuán impuro era su nacimiento. Huyó, pues, á Galilea pero volviendo luego á Jerusalén, se introdujo en el templo, aprendió y sustrajo el nombre de Dios, y lo escribió en un pergamino; después se abrió sin dolor un muslo y ocultó aquel en la herida. Con el inefable nombre de *Schemhamphoras* hizo innumerables prodigios. Condenado á muerte por el Sanedrín, fué coronado de espinas, azotado y apreadado; quisieron ahorcarlo de un madero; pero todos los maderos se rompieron porque él los había encantado. Los sabios fueron á buscar una gran col que no es madera, sino yerba, y en ella le colgaron.—Tan pobres historias opinan los judíos á la sencilla majestad de la narración evangélica.

Nos queda el antiquísimo libro de *La muerte de la Virgen María* (17), que aunque condenado

(17) *De transitu beatæ Mariæ Virginis*. Ha sido reimpresso recientemente en París en el tomo II de la *Biblioteca de los Padres*, pág. 163. Treinta y nueve evangelios han sido desechados como apócrifos: 1.º el evangelio según los hebreos; 2.º el de los nazarenos; 3.º el de los doce Apóstoles; 4.º el evangelio de San Pedro, que es el mismo de San Mateo, alterado por cristianos judaicos; 5.º el evangelio de los egipcios; 6.º los tres evangelios del nacimiento de la Santísima Virgen; 7.º el de Santiago, en griego y en latín, atribuido á Santiago el Menor; 8.º el evangelio de la infancia de Jesús, en árabe y griego, lleno de milagros hechos por el Redentor antes de la edad de doce años; 9.º el evangelio de Santo Tomás, igual al precedente; 10 el evangelio de Nicodemus, en hebreo, escrito bastante tarde por los ingleses, pretendiendo que Nicodemus les trajo la fe; 11 el evangelio eterno, obra de un fraile del siglo XIII, que pretendió sustituirlo al verdadero, como el verdadero evangelio lo había sido por la antigua ley; 12 el evangelio de San Andrés, y 13 el de San Bartolomé, condenado por el papa Gelásio; 14 los de Apeles; 15 de Basíides; 16 de Cerinto; 17 de los ebionitas; 18 de Taciano ó de los encratistas; 19 de Eva; 20 de los gnósticos, en uso en esta secta; 21 de Marcion que no es otro que el de San Lucas, alterado; 22 de San Pablo, igual al precedente; 23 las pequeñas y las grandes